

Santafé de Bogotá, D.C., mayo 5 de 2000

En un país en el cual la cotidianidad aparece dominada por el tránsito fugaz del corto plazo, reconforta encontrarse con instituciones, como la Escuela Superior de Guerra, que escapa a esa generalidad del tiempo breve y pasajero, para conmemorar hoy noventa y un años de historia.

En este caso, bien puede hablarse de la afortunada continuidad de una mirada de largo plazo sobre la Nación, sus retos, sus problemas y sus oportunidades, desde un espacio militar con perspectiva plural, realizada siempre con intención profunda y reflexiva.

Esta conmemoración está signada por la perspectiva de la historia que quiere ir más allá de la inmediatez de la coyuntura. La ocasión es entonces, propicia para compartir unas breves reflexiones sobre el acontecer nacional, con esa perspectiva que la historia de esta escuela nos ofrece como ejemplo.



**DISCURSO DEL SEÑOR VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA
GUSTAVO BELL LEMUS,**

Los colombianos, abrumados tal vez por las difíciles circunstancias que afrontamos, nos estamos refugiando en el inmediatismo y en las visiones de corto plazo. La persistencia de estas visiones nos desalienta o nos vuelve escépticos sobre el porvenir. Estamos perdiendo la capacidad para analizar y entender los problemas que afrontamos en una perspectiva de larga duración, no como acontecimientos imprevisibles, sino como la continuación de procesos que vienen de tiempo atrás y que, en muchas ocasiones, no hemos tenido ni el coraje ni la voluntad para enfrentar.

Ello no es ni histórica, ni sociológicamente cierto. El país no ha sido siempre violento y los colombianos hemos vivido largas y duraderas épocas de paz. Sin ir más lejos, la creación de esta escuela coincide con el inicio de una etapa de nuestra historia, que se prolonga por más de cuarenta años, caracterizada por la pacífica convivencia entre los colombianos.

Tenemos que superar el estereotipo de la violencia como una fatalidad, como una manera de ser. Si continuamos apoyados en esta falsa creencia, el pesimismo y la inacción serán el común denominador de nues-

que en distintas épocas no hemos sido capaces de canalizar nuestras divergencias por los senderos de la política y no de la guerra. Aceptar, en últimas, que no hay razones que justifiquen la presencia de la violencia como una maldición y que siempre dependerá de nosotros _y sólo de nosotros_ que impere la razón y no la fuerza en la solución de nuestras diferencias.

Cómo se echa de menos esta perspectiva en los análisis que a diario encontramos sobre el proceso de paz que este Gobierno viene liderando. El énfasis está en lo anecdótico, en el episodio diario, en el acontecer curioso, casi siempre banal e



EN EL ANIVERSARIO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

Al hacerlo así, estamos elaborando una sabiduría convencional sobre las causas de nuestros problemas y sus posibles soluciones, plagada de falacias, lugares comunes e inexactitudes históricas que, en vez de claridad, arrojan más sombras sobre probables escenarios del futuro.

Que la violencia ha sido y es una fatalidad histórica en Colombia, casi un elemento constitutivo de la personalidad nacional, es uno de esos lugares comunes que abundan en los análisis de nuestros problemas.

tras conductas. De paso, siempre habrá una justificación para el actuar de los violentos y una aceptación resignada de sus conductas delictivas. Debemos conocer y estudiar los períodos de confrontación que hemos padecido, en el marco de los procesos políticos, económicos y sociales que los han generado.

Entender que no han sido fruto de la fatalidad, sino que hombres y mujeres los hemos provocado con nuestras conductas, pero que también ha estado en la voluntad de unas y otros solucionarlos. Aceptar

intrascendente. Las soluciones se quieren inmediatas y fáciles, como si para ello existieran fórmulas mágicas e infalibles. Con cuánta facilidad se ignora que estamos empeñados en un proceso de negociación difícil y complejo, de un conflicto con una carga histórica también compleja que ha venido acumulando por muchos años desencuentros y frustraciones. Pero hemos comenzado a andar por el único camino que admite la razón: una salida política que le ponga fin a esta guerra fratricida que nos está desangrando.

El Gobierno entiende que un proceso con estas características y complejidades genere resistencia y escepticismo. Aún más, cuando la insurgencia interpreta la buena fe como debilidad y a los gestos de confianza responde con violencia. Hay que perseverar en el camino del diálogo y entender que lo logrado hasta ahora _mucho para lo alcanzado antes, muy poco para lo que anhelamos_ son hitos positivos sin duda que van marcando lentamente la ruta de la reconciliación entre los colombianos.

Debo, empero, dejar una constancia. Si algún sector de la vida nacional ha tenido perspectiva histórica para acercarse a las complejidades del

ominosas, de los actores ilegales del conflicto.

Al actuar de esta manera, la Fuerza Pública consolida su legitimidad y, de contera, reitera las bondades de la democracia. Los colombianos sabemos hoy, tal vez mejor que antes, que las armas legítimas del Estado están al servicio de la paz y no de la guerra. Por contraste con el proceder de la insurgencia, sabemos que el solo imperio de la fuerza carente de legitimidad ciudadana, es el peor de los totalitarismos. Y, por contraste con ese mismo proceder insurgente, estamos convencidos que la paz sólo puede sustentarse en el predominio de la democracia, pero sin partidos armados hasta los dientes,

dad legítima capaz de cumplir y hacer cumplir la ley.

La realidad colombiana no es la de una sociedad sojuzgada por un Estado fuerte y autoritario, que ejerce un intenso y estricto control sobre una población atemorizada, como con frecuencia es presentada por analistas nacionales y extranjeros. Todo lo contrario: soy de los que creen que la violencia y la inseguridad entre nosotros tiene menos que ver con los abusos de un Estado omnipresente y más que ver con los múltiples espacios vacíos que ese Estado ha dejado en la sociedad que ha quedado así un poco abandonada a su suerte.

En esta perspectiva nada más democrático que trabajar por fortalecer

**Hay que perseverar en el camino del diálogo y entender que lo logrado hasta ahora
mucho para lo alcanzado antes, muy poco para lo que anhelamos**

proceso de paz, ha sido la Fuerza Pública. Han vivido y padecido el conflicto y se han esforzado por analizarlo y comprenderlo. Al hacerlo, conocen sus complejidades y no ignoran los obstáculos para su solución. Se han comprometido francamente con el proceso en marcha y han cumplido lealmente con su palabra. Le han demostrado al país y a la comunidad internacional que tienen un compromiso genuino y real con la paz de Colombia. Nadie puede afirmar, sin equivocarse en materia grave, que han sido obstáculo en el camino de las negociaciones. Cómo contrasta este proceder, claro y transparente, con las conductas ambiguas y equívocas, cuando no francamente

porque no vamos a permitir que unas personas, intimidándonos con sus armas, tengan más poder que millones de ciudadanos que sólo queremos y sabemos expresarnos con el invencible poder de nuestro voto.

Otra de las falacias de la sabiduría convencional que tenemos que superar es la que argumenta que abogar por el fortalecimiento de la Fuerza Pública legítima para mejorar las condiciones de seguridad para los colombianos, es un discurso de corte reaccionario, enemigo de la paz. Por el contrario, no hay causa más democrática que trabajar porque los ciudadanos tengan en la sociedad en que viven niveles de certeza razonables acerca de que su vida y sus bienes son protegidos por una autori-

las responsabilidades centrales del Estado y esto tiene que pasar por fortalecer las fuerzas legítimas de seguridad. Hay que mejorar su capacidad táctica y operativa para enfrentar con eficacia a las organizaciones criminales y ello exige asignarles, sin falsos dilemas, los recursos necesarios. Hay que hacerlo en el marco de una doctrina de la seguridad democrática orientada a garantizar que el poder de las armas no desborde los límites de la legalidad y respete siempre los derechos fundamentales de los ciudadanos.

No puede aceptarse que la búsqueda de la paz exija el debilitamiento de la Fuerza Pública institucional, menos aun cuando la insurgencia insiste en que el aval de la negociación no está en la fuerza de la razón

sino en el peso irracional de la violencia. Unas fuerzas, que sustenten su legitimidad en el respeto por los Derechos Humanos, son la única garantía eficaz de que la ley ejerza su imperio entre nosotros. Pero claro es, hago referencia a la ley que es fruto de la soberanía popular, promulgada por los cauces institucionales que la Constitución señala y no a una perversa seudolegalidad, fruto de la imposición violenta, fundada no en la voluntad general sino en el capricho particular de los señores de la guerra. Son muchos más los diagnósticos sobre nuestros problemas y los medios para solucionarlos que debemos someter a un análisis crítico, realizado con ánimo sereno y tolerante. Esta tarea es apremiante, más

ción a la paz y a la reconciliación, un esfuerzo ilustrado por abrir senderos de esperanza en medio de la adversidad. Al hacerlo honra a la Fuerza Pública del Estado, consolida la democracia y estrecha los lazos de solidaridad con todos los ciudadanos de la Patria.

Señoras y señores: la historia de Colombia no es la que se escribió ayer, tampoco la de los últimos veinte años, es una historia que hemos escrito muchas generaciones desde hace casi ya doscientos años, en un largo y arduo camino en el que, en medio de singulares adversidades y obstáculos, hemos construido unas instituciones de las que nos debemos enorgullecer sin ningún tipo de

son hitos positivos sin duda que van marcando lentamente la ruta de la reconciliación entre los colombianos.

aun cuando exploramos nuevas formas de abordar viejos problemas y de la pertinencia del diagnóstico va a depender, en gran medida, la eficacia de la solución.

En este sentido, la misión de la Escuela Superior de Guerra es más imprescindible que nunca. Sus cursos universitarios, su "Cátedra Institucional", el curso CODENAL y la creación del Centro de Estudios Estratégicos y Logísticos para la Defensa y Seguridad Nacional, CELSED, son todos espacios orientados al análisis y discusión de los problemas nacionales con actitud propositiva, aportando soluciones dentro de los principios del estado social y democrático de derecho que nos rige.

Sus aportes, en ello no abrigo duda ninguna, serán siempre una contribu-

repto y que nos han permitido avanzar significativamente hacia mejores estadios de civilización.

Esta tarea colectiva, por supuesto que no ha estado exenta de equivocaciones e injusticias, como todo proceso humano, pero ellas no deslegitiman nuestro estado de derecho, por ello jamás permitiremos que se haga tabú la rasa de nuestro pasado como requisito para construir un futuro mejor.

La permanencia de la Escuela Superior de Guerra, como soporte fundamental de nuestro estado democrático y social, nos debe estimular a seguir en esa tarea, siempre confiados en que será siempre la razón la que nos guíe y no la fuerza.

